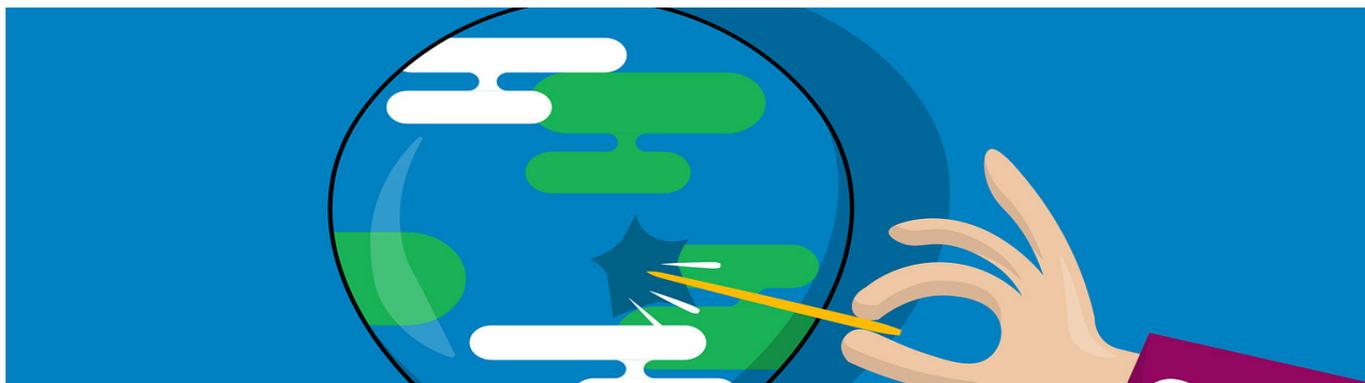


PANDEMIA TIEMPO Y ESPACIO

MIGUEL ÁNGEL GONZÁLEZ TORRES
ARANTZA FERNÁNDEZ RIVAS



La pandemia es una catástrofe mundial. Una tras otra, las regiones y los países se han visto afectados y obligados a luchar, con las pocas armas disponibles, contra un enemigo invisible y mortal. La catástrofe nos desafía a todos, y nos empuja a reflexionar sobre su impacto en la sociedad y nuestro pequeño mundo personal. Algunos lugares van emergiendo del pozo de dolor y extrañeza en el que han vivido. La mayoría hemos sido debilitados por la epidemia, física y moralmente. Es una experiencia sin precedentes y vale la pena examinar algunas de las reacciones, individuales y sociales, a este fenómeno mundial y terrible.

El inicio “oficial” de la pandemia en la ciudad donde vivo, Bilbao, en la costa vasca de España, estuvo marcado por algunos elementos altamente simbólicos. En las proximidades del Museo Guggenheim, se sitúa una instalación del artista islandés Olafur Eliasson. Una cascada artificial subyuga al espectador con su constante murmullo. A pocos metros de distancia hay una hermosa estatua de tamaño natural de un hombre caminando. El gesto es muy vivo y casi parece escapar de las salpicaduras de la cascada, al haberse acercado demasiado, distraído. Alguien colocó una máscara sobre su boca, señalando el comienzo de una nueva era. Llegó la pandemia y el confinamiento, los museos cerraron y la cascada de Eliasson siguió produciendo un susurro líquido que ya nadie escuchaba.

ESPACIO PERSONAL

La sociedad en las últimas décadas se ha hecho más compleja y han surgido una multitud de mundos mínimos y aislados que contienen historias, sueños y recuerdos particulares. De repente la pandemia pone fin a esa situación y crea una capa de dolor que recae sobre todos sin distinción. Como la nieve en la historia de James Joyce “*Los muertos*” (2016), que cae sobre calles y jardines, sobre los vivos y los muertos. Su blancura helada nos hace iguales e impone una poderosa narración que incorpora a todos. Estamos viviendo, una gran nevada maligna que ha dejado vacías las calles, las grandes avenidas del centro y los estrechos pasajes de los barrios antiguos. Tal vez por primera vez desde la Guerra Civil Española hemos experimentado aquí un desastre común, que ha producido muertes y dolor, generará recuerdos compartidos y ese peculiar sentido de fraternidad de quienes han vivido un drama simultáneo.

Toda la tecnología que poseemos no ha sido capaz de protegernos, sin embargo, impartiendo una gran lección de humildad a nuestra generación. La distancia social, el jabón y el alcohol y un trozo de tela en la cara son los grandes medios que nos han permitido limitar los efectos de la pandemia. Y el mecanismo fundamental de la distancia social,

no se basa en razones puramente sanitarias, sino en la solidaridad, en la fraternidad.

Debemos aislarnos para no perjudicar a quienes sufrirían más que nosotros si enfermaran. Esta es la gran paradoja de la pandemia: la mejor manera de cuidar a los demás es alejarse de ellos (Zizek, 2020). Esta ola de hermandad que se ha visto en muchas comunidades de todo el mundo es, sin duda, la impactante noticia de la pandemia. En casi todas partes, la solidaridad ha desplazado a una mera concepción utilitaria, que consiste en entregar a la muerte a los débiles y a los ancianos, y se ha optado por la máxima de la antigua tradición republicana francesa: “*uno para todos y todos para uno*”.

Al mismo tiempo, la gente vive en situaciones muy diferentes bajo ese manto doloroso común. En el frente económico, la sociedad se ha dividido claramente entre los que tienen trabajos seguros o ahorros que les permiten hacer frente a la difícil situación económica y... los otros. Aquellos que viven día a día, que aquí y en muchos lugares están cubiertos por ayudas estatales transitorias de duración incierta.



Una desigualdad que se ha manifestado con intensidad en esta crisis es la cronológica. La generación mayor ha sufrido el grueso de las víctimas de la pandemia. Con frecuencia los ancianos en las residencias han sido víctimas de la enfermedad, falleciendo en la soledad de sus habitaciones, a menudo sin una despedida o un último abrazo. Durante algunos períodos de la crisis, la situación en los hospitales también ha generado un triaje

necesario pero despiadado, ya que en las UCI se distribuyen recursos limitados entre los que tienen mayores posibilidades de aprovecharlos. Y ese subgrupo rara vez incluye a los ancianos. Los criterios que en el momento más álgido de la crisis determinó quiénes podían no ser candidatos a un respirador es abrumador y nos obliga a pensar en lo fácil que es ser excluido. Un criterio principal ha sido la edad. Puro y simple.

En este contexto, han surgido voces de ancianos “*líderes de opinión*”. Políticos u hombres de cultura (no hemos oído a ninguna mujer hablar en ese tono) que declararon su voluntad de morir y dejar el lugar a los jóvenes. No se debe detener la economía, dijeron, para no bloquear el futuro de los jóvenes. Si esto significaba que muchos ancianos morirían, empezando por ellos, que así sea. Pero estas expresiones de valentía, admirables sin duda, deben ser escuchadas en el contexto de cientos de muertos y muchos más enfermos y hospitalizados. Entre ellos, también había personas de 50, 40 e incluso 30 años. Y puede que la valentía no sea posible al enfrentar a la muerte por insuficiencia respiratoria extrema y trombosis. El filósofo francés **Grimaldi** (2020) señala como factor causal de esta reacción general lo que para él es un prejuicio cultural establecido: la vida vivida vale menos que la vida por vivir

ESPACIO PÚBLICO

Uno de los impactos más poderosos de la pandemia ha sido en el espacio público. El aislamiento, el nuevo vacío de la ciudad con sus calles desiertas. La gente ha luchado contra ese vacío, abriendo ventanas y balcones para permitir que la calle entre en el hogar y que el confinamiento se vuelva más amable. También en sentido contrario, compartiendo a través de las redes sociales los paisajes que algunos afortunados pueden contemplar desde sus casas. Esto es lo que **Zizek** (2020), un filósofo lacaniano, llama el “nuevo comunismo” puesto en marcha por la epidemia, una nueva forma de relación basada en una mayor solidaridad.

Los espacios de la pandemia son en gran parte espacios de espera, espacios vinculados al tiempo.

Esperamos hasta que el confinamiento termine, hasta que volvamos a la vida normal, hasta que la pandemia desaparezca, hasta que llegue el tratamiento o la vacuna, hasta que nos reunamos con nuestros amigos, colegas o seres queridos, hasta que las calles y los edificios vuelvan a rebosar de actividad.

La identidad individual es el resultado de un complejo proceso de toda la vida, cuyos elementos clave son los vínculos personales y emocionalmente significativos.

Es tentador pensar que el entorno, el telón de fondo de esos vínculos, podría representar un elemento más. Un entorno que actúa como una “mancha de color” que de alguna manera “tiñe” todos los vínculos y que, al mismo tiempo, es un depósito de proyecciones ya que está cargado de historia, de pasado. De esta manera, la distancia que nos impone la pandemia también cuestiona nuestra propia identidad. Si me separo de los demás, me separo de mí mismo. Por eso, junto a la separación en la realidad externa de las personas, se produce un acercamiento en el espacio interno que resulta de la necesidad de proteger nuestra identidad. Cada sentimiento implica una mutualidad. Cada encuentro, en el espacio real o imaginario, no sólo hace más sólida la representación del objeto, sino también la del yo. COVID-19 vacía las ciudades y nos confina en casa, aislados y con miedo. De esta manera, cuando nos aleja de los demás, cuestiona nuestra identidad y nos obliga a protegerla.

Al salir a la calle en nuestra ciudad, encontramos a menudo un vacío opresivo, extraño, perturbador e inhumano. Lo humano es la multitud de la ciudad.

Nos reunimos para aprender, para trabajar, para disfrutar. Poco a poco las calles vacías de la ciudad se van poblando de otros habitantes: palomas, gaviotas... o incluso ratas donde nunca se habrían atrevido antes. Es una imagen sugerente; las fuerzas del inconsciente se manifiestan poco a poco una vez que nuestra ausencia abre las barreras que las limitaban. Estas fuerzas primitivas están siempre al acecho y cobran gran fuerza en algunos grupos confinados generando un resurgimiento de la violencia dentro del hogar (abuso de niños y cón-

yuges). Y los niños están confundidos por los espacios vacíos y peligrosos. Los patios de recreo se cierran ante un enemigo invisible que no entienden pero que asusta a todo el mundo.

Bruno Bettelheim (1991) subraya cómo la ciudad no está formada sólo por calles y edificios, por muy significativos que sean, sino también por la gente que nos rodea. Bettelheim cita a Shakespeare:

“La gente es la ciudad.”

Y Tucídides:

“Son los hombres los que hacen la ciudad, no los muros o los barcos.”

La ciudad posee un tinte maternal para sus habitantes y, especialmente para el niño, un aura de vientre protector y asfixiante. Y de repente la pandemia nos empuja hacia una historia que recuerda a “Esperando a Godot” de Beckett o a “Dogville” de Lars Von Trier. Un espacio casi vacío donde la identidad se sostiene por intensas pasiones que se manifiestan en un clima de ausencia. Ausencia de escenarios que se modulan, matizan y conectan.

Este nuevo papel del espacio también ha afectado a las terapias. Las autoridades recomendaron reducir al máximo los contactos cara a cara. En algunos casos, los pacientes se sintieron aliviados al escuchar la noticia porque vieron los consultorios y los hospitales como lugares peligrosos por el riesgo de contagio. Otros lo vivieron como una pérdida injusta que los alejaba del terapeuta en momentos de especial sufrimiento.

En el trabajo de salud mental en general, se ha optado a menudo por las llamadas telefónicas, especialmente a los pacientes que ya eran conocidos y estables. Curiosamente, muchos pacientes viven con aprecio esta peculiar inversión de iniciativa. El clínico “visita” al paciente en su casa a través de la llamada telefónica, lo que a menudo se percibe como un regalo del profesional. En el ámbito de la psicoterapia y, concretamente, de la labor psicoanalítica, muchos han descubierto las posibi-

lidades del trabajo en línea. Incluso colegas muy experimentados, nada acostumbrados a las nuevas tecnologías, han descubierto con sorpresa que es posible un trabajo de calidad.

Diferente pero ciertamente “suficientemente bueno”.

Evidentemente, hay repercusiones a nivel trans-ferencial y contratransferencial que tal vez se perciben con mayor claridad en los pacientes con trastornos graves de la personalidad en los que la intensidad de estos fenómenos es mayor.

En la mayoría de las ciudades existen espacios “altamente catectizados” que forman parte de la memoria de muchos y contribuyen especialmente a la identidad de la ciudad y sus habitantes. Son espacios que han constituido el escenario de nuestros recuerdos, el telón de fondo de encuentros relacionales que han ido conformando elementos básicos de nuestra identidad. En algunos casos estos espacios pertenecen por derecho al **Yo** ideal del grupo social en cuestión ya que propician visiones ideales del grupo con las que se identifican sus miembros. Ocupan el papel de amplificadores sociales o culturales (Volkan 2020) que los individuos del grupo consideran representativos de la identidad colectiva. Un ejemplo podría ser el Museo Guggenheim de Bilbao, que en pocos años se ha ganado no sólo la aprobación sino también el entusiasmo de la población conservadora de Bilbao, que ha acogido con pasión su nuevo museo. El museo vacío durante la pandemia supone también un ataque contra la identidad del colectivo.

¿Cuál es el impacto del espacio vacío, de las salas con obras de arte esperando ser observadas?

Se podría decir que la identidad de la ciudad está por lo tanto suspendida, a la espera de un reen-contramiento con la nueva identidad reparadora que posibilitó el Museo, obligándonos a la difícil tarea de representar la ausencia (Green 2005) y empujándonos a identificarnos con ese extraño y triste escenario que ahora nos rodea. Un lugar con la

vida en suspenso, esperando un cambio sin fecha.



Zizek, en su reciente libro sobre la pandemia (2020), describe cómo Cristo, en el Evangelio de San Juan, advierte a María Magdalena después de su resurrección: “Noli me tangere”; “No me toques”. Es el amor y no la certeza del tacto lo que, según el Evangelio, hará presente a Cristo. El caos sanitario que vivimos nos empuja a buscar el contacto con el otro a través de la distancia, esa famosa distancia social que en cierto sentido nos ha acercado. El confinamiento nos ha distanciado físicamente de algunos seres queridos, pero en cambio ha provocado llamadas, contactos, largas conversaciones siempre postergadas con amigos distantes, genuina preocupación por el bienestar de los demás, verdadero dolor por el sufrimiento de los amigos. Como a la Magdalena, la prohibición del contacto directo nos ha obligado a pensar en los demás, en los que echamos de menos o en los que amamos. El beso y el abrazo han desaparecido pero quizás esta distancia impuesta nos ha llevado a un tratamiento diferente, quizás, paradójicamente, más cercano. La pandemia produce una nueva y doble concepción del espacio. Un espacio externo en el que los individuos se alejan unos de otros para protegerse y refugiarse. Otro interno en el que las distancias se acortan y los lazos se estrechan.

CORAJE Y HEROÍSMO

Hay personas que en el amanecer de la crisis desaparecieron para refugiarse en la trinchera más protegida que pudieron encontrar. Los cobardes son personajes frecuentes. Profundamente humanos en su decisión de evitar el peligro, exhiben esa

tendencia a la huida que en alguna medida todos llevamos dentro hasta cierto punto. Los cobardes son un espejo en el que contrastamos nuestra imagen. Su presencia, o más bien su ausencia, nos alivia mostrándonos lo que no somos, al menos por ahora.

Por el contrario, la pandemia nos ha hecho encontrarnos con una multitud de héroes cotidianos. Personas a menudo orgullosas de su trabajo diario, que afrontan con convicción sintiendo que es su deber. Hay una clara percepción de obligación moral, de fuerza interior que despierta el orgullo de hacer algo doloroso pero a la vez lleno de valor y que para nosotros los analistas implica someterse deliberadamente al mando del Super-yo. El valor y el control del miedo implican una actitud regresiva que incluyen una cierta negación de la realidad y su sustitución por un sistema de creencias que protegen el narcisismo del sujeto en riesgo y niegan el peligro y la muerte. Afortunadamente para nosotros esta “socialmente sana” huida de la realidad ha afectado a muchas personas.

En España, y en muchas otras partes del mundo, un grupo social específico ha asumido el papel de héroes designados: los trabajadores de la salud. A menudo han pagado un alto precio por sus esfuerzos. Durante la primera oleada del virus en España, el 20% de los enfermos de COVID-19 eran profesionales de la salud. El personal de los equipos de Neumología, Enfermedades Infecciosas, UCI... terminaron a veces ingresados como pacientes en las salas preparadas para el COVID-19. Las múltiples ceremonias públicas de agradecimiento a los trabajadores de la salud pueden reflejar la manifestación de un “exoesqueleto” un comportamiento valorado, que ayuda a evitar la angustia del presente, proporcionando capacidad de resistencia (Benasayag 2011).

Pero estas ceremonias también pueden expresar un vínculo idealizado y protector que nos ayudará a superar la epidemia. Si examinamos cuidadosamente la escena y lo que representa podemos observar en esa acción colectiva la manifestación de una díada relacional compuesta por un objeto idealizado, los trabajadores de la salud, mostrando, el sacrificio, la energía, la dedicación... toman-

do el lugar de una figura paterna salvadora, sacrificada y generosa. Paralelamente podemos percibir una representación del yo colectivo como cuidado, protegido, fraternal. El afecto predominante que une ambas representaciones es la gratitud o el amor. Este es un escenario familiar ideal que reconforta a todos. Tal vez este papel de los profesionales de la salud en muchos lugares es equivalente al que ocuparon los bomberos de Nueva York tras el ataque terrorista del 11-S (Goren 2007), un depósito tanto de pérdida como de resolución social para resistir el dolor y la muerte. Como héroes designados, asumen una posición de omnipotencia para emprender su tarea y luego la abandonan para volver a la vida normal (Steiner 2015). Pero nadie aquí está seguro de cuándo ocurrirá eso.



Hay un aspecto diferenciador en esta situación de pandemia. A diferencia de otras situaciones que hacen posible la aparición de figuras heroicas, no hay ningún villano, no hay un enemigo público al que el héroe se enfrente con gallardía. O lo hay, pero es un virus invisible sin conciencia. Los héroes aquí toman una posición masoquista porque se expondrán a la agresión exterior y su atractivo radica no tanto en destruir el mal que puede eliminarnos sino en su determinación de afrontar el dolor y el riesgo en nuestro lugar.

CASTIGO

Históricamente, las epidemias se consideraban el castigo justo por nuestros pecados, por la falta de fe, por adorar a los nuevos dioses. Hoy tan sólo nuestros pecados han cambiado. La epidemia es para muchos el castigo por nuestras actitudes

hacia el medio ambiente o por nuestras políticas neoliberales, o por una variada combinación de ambas.

La necesidad de castigo es resultado de un movimiento profundamente humano. Esta creencia mágica nos da un control potencial sobre el desastre. Si prestamos más atención a la naturaleza y no la destruimos, o si abandonamos el monetarismo de Milton Friedman, entonces nos salvaremos, no habrá pandemias, ni dolor, ni catástrofe. Así como hace siglos había procesiones con sacerdotes e imágenes sagradas al frente implorando la protección de Dios contra la peste, hoy marchamos juntos al son de promesas de respeto al medio ambiente y envueltos en la pasión keynesiana.

Entonces y ahora eludimos un profundo temor frente al azar que rige nuestro mundo. Lo terrorífico es que no tenemos control sobre nuestro destino. La pesadilla más inquietante es que un día un cometa errante se estrellará contra nuestro planeta y lo destruirá. Y el universo entero permanecerá en silencio después de la explosión de nuestra civilización sin derramar una lágrima por la pérdida de tantas vidas, y tantas obras maravillosas. El filósofo se pregunta si la caída de un árbol en un bosque deshabitado hace ruido. ¿Quién escuchará el estruendo de nuestra desaparición?, ¿habremos existido si nadie nos recuerda? Nuestra búsqueda desesperada de un merecido castigo no es más que el camino para encontrar cierto consuelo en medio del terrible vacío del azar, Dios supremo.

TIEMPO

Los aeropuertos están casi vacíos y las autopistas ofrecen una fluidez desconocida. El ritmo frenético de nuestro mundo se ha detenido. La pandemia ha afectado al espacio y al tiempo. Una nueva y no desagradable lentitud nos acompaña. Sven Nadolny (2018) escribió una hermosa novela, “El descubrimiento de la lentitud”. En ella el protagonista asume su profunda y variada lentitud y acaba convirtiéndola en una virtud incuestionable. Noches que se escapan tranquilamente, sábados en los que sólo hay que estar en casa, leyendo, soñando, viendo esas series que como si fuera la antigua televi-

sión de los años 60, ahora seguimos todos.

Thomas Mann describe en “La Montaña Mágica” un sanatorio donde el tiempo parece haberse detenido, donde pacientes y médicos, sanos y enfermos, viven con una velocidad diferente a la de los habitantes del valle. Es un tiempo más lento en el que todo, incluso la muerte, parece llegar silenciosamente, casi ceremoniosamente. La pandemia y el confinamiento han alterado gravemente no sólo el espacio sino también el tiempo. Al igual que en el sanatorio de los Alpes, esperamos que el lento ritmo de la nueva vida nos ayude a detener el proceso y mantener alejado el fantasma de la muerte. Nos enfrentamos a un nuevo tiempo, un tiempo diferente.

Quinodoz, en un hermoso artículo (2013) habla de los “segundos de eternidad”. Cuando ponemos la mirada en nuestra vida, nos damos cuenta de que ciertos breves momentos vividos intensamente han animado toda nuestra existencia, condensando una conciencia que iba a permanecer sutilmente presente durante toda nuestra vida. El tiempo, al menos el tiempo psíquico, es elástico y no se ajusta a las limitaciones de la experiencia racional diaria. Queda por ver si este tiempo, detenido desde el encierro, vivido y tal vez por vivir, constituirá uno de esos segundos iluminadores de la eternidad que determinan realizaciones significativas y duraderas

Tras la vuelta a una normalidad sui generis, la gente se detiene de nuevo para observar la obra de Eliason, que fluye imperturbable. Como una verdadera cascada, indiferente a lo que sucede a su alrededor, como un recordatorio de la pequeñez de nuestra existencia humana. A su lado, el caminante de bronce ya no lleva máscara y parece dar la bienvenida a las salpicaduras.

COVID modifica el espacio. Nadie sabe si lo hará para siempre. Es imposible decir hoy que volveremos a ver estadios llenos, espectáculos masivos, abrazos y besos en las reuniones. Sin duda, esta nueva distancia externa modificará nuestro mundo interno. La dirección del cambio aún no se conoce bien. Mientras tanto, la vida nos espera. Diferente quizás. El sabio Montaigne nos advierte que,

por encima de todo, debemos prepararnos contra los preparativos para la muerte. O para decirlo de otra manera, para vivir, en cada momento.

MIGUEL ÁNGEL
GONZÁLEZ TORRES

ARANTZA
FERNÁNDEZ RIVAS



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.

Benasayag, M., Del Rey, A. (2011). De l'engagement dans une époque obscure. Editions Le passager clandestin.

Bettelheim, B. (1991). The urban experience. Free Associations. Volume 2, Part 2 (No. 22): 175-190
Goren, E. (2007). Society's Use of the Hero following a National Trauma. Am. J. Psychoanal., 67(1):37-52

Green A. (2005). El trabajo de lo negativo. In Green A. Ideas directrices para un psicoanálisis contemporáneo. Desconocimiento y reconocimiento del inconsciente. Buenos Aires: Amorrortu, 290-298

Grimaldi N. (2020). Toute joie est partagée. Philosophie. N 139. Juin 2020. Pp 70-76

Joyce, J. (2016). The Dead. Durham: Aziloth Books.

Nadolny S. (2018). El descubrimiento de la Lentitud. Plataforma.

Quinodoz, D. (2013). Inscribir la vida en el tiempo. Rev. Psicoanál. Asoc. Psico. Madrid, 69:167-183

Steiner, J. (2015). The Use and Abuse of Omnipotence in the Journey of the Hero. Psychoanal. Q., 84(3):695-717

Volkan V (2020). Large-group psychology. Bicester, UK: Phoenix.

Zizek S. (2020). Pandemia. Barcelona: Anagrama.

Miguel Ángel González Torres
Miembro Didacta del CPM
miguelangel.gonzaleztorres@osakidetza.eus.

Arantza Fernández Rivas
Psiquiatra y psicoterapeuta de niños y adolescentes
aranzazu.fernandezrivas@osakidetza.eus



CENTRO PSICOANALÍTICO DE MADRID

E.I.C.P.M. es una Asociación Científica, sin carácter lucrativo, con orientación psicoanalítica y postura abierta a todas las tendencias psicoanalíticas.

O'Donnell, 22 escalera A 1º izda.

28009 Madrid (España)

+34914480874

contacto@centropsicoanaliticomadrid.com

ISSN: 1989-3566

Año: 2021

Editores : Esteban Ferrández Miralles.

En ningún caso, el consejo de redacción de la revista, los editores encargados o coordinadores, o el propio Centro Psicoanalítico de Madrid, se harán responsables de las opiniones publicadas vertidas por los autores. A su vez, cualquier material gráfico, referencias a otras publicaciones, reseñas bibliográficas o textos de otros autores, etc. serán responsabilidad únicamente del autor, así como el pago de derechos de copyright. El Centro Psicoanalítico en ningún caso tendrá responsabilidad alguna acerca del material publicado, mencionado anteriormente.

Maquetación: Diana Fuentes Carreño (didi.fu.ca@gmail.com)